

de su delito, admitió circunstancias atenuantes para librarle de la guillotina. El tsar dominó sus impresiones, nada dejó traslucir, y después del atentado aún permaneció en París algunas semanas. Los grandes cuerpos del Estado se apresuraron á protestar para desagaviar al imperial huésped de Francia. El rey de Prusia y el tsar salieron de París el 11 de julio. Alejandro II recordaba, además del atentado, una grosería de que fué blanco, pues Floquet le había lanzado al rostro este grito: «¡Viva Polonia, caballero!»

Al distribuir Napoleón las recompensas á los expositores, pronunció un discurso muy pacífico. Los reyes y los príncipes se sucedían en París, y no parecía sino que el mundo entero rendía homenaje á aquel soberano, tan quebrantado. En las pomposas recepciones de las Tullerías se vió al rey de Bélgica, al príncipe de Gales y á uno de sus hermanos, al rey de Baviera y á otros soberanos alemanes, al de España, al príncipe heredero de la corona de Holanda, al de Italia, al jefe de Egipto y también al sultán, cuyos antecesores jamás habían salido de Oriente. Hasta el hermano del taicóun del Japón vino á París.

La Exposición se cerró el 4 de noviembre. El gran bazar cosmopolita del Campo de Marte había confundido materialmente á todos los pueblos y todos los idiomas, pero no había conciliado las tendencias ni fundido los intereses. Sus resultados á favor de la paz fueron nulos, y continuaban los puntos negros en el horizonte, como confesó Napoleón al contestar al alcalde de Lille. El movimiento comercial no era el que se esperaba, pues al vertiginoso producido por la Exposición, sucedió la atonía, debida á que nadie tenía seguridad en el porvenir, y faltando la confianza, faltaba el empuje para los negocios. Al mismo tiempo se agitaban los internacionalistas, si bien hablaban de la paz, pero basada en su especial ideología. Los internacionalistas franceses se pusieron en contacto con las *Trade's Unions* inglesas, que apoyaron una huelga de los obreros broncistas de París. La asamblea de Lausana terminó sus sesiones decretando la formación de la liga de la paz y de la libertad, la federación cosmopolita y cosas por el estilo.

XXVII

MENTANA. — LAS NUEVAS LEYES

Llamó la atención la visita hecha en agosto al emperador de Austria por Napoleón y la emperatriz Eugenia. Se dirigieron á Carlsruhe y Stuttgart, pasaron por Augsburgo y de allí fueron á Munich; el rey Luis de Baviera les acompañó hasta Rosenheim, y llegaron á Salzburgo en 18 de agosto, cumpleaños del emperador Francisco José, donde pasaron cinco días de fiestas brillantes. Beust estuvo en cuerpo y alma á favor de la alianza con Francia, pero frío Andrassy. No pudo el primero aconsejar un tratado formal y se limitó á redactar un memorándum muy breve: ambas potencias velarían por la observancia exacta de la paz de Praga; Francia se abstendría de amenazas, y entre tanto Austria procuraría ganarse las simpatías de la Alemania del Mediodía con el desenvolvimiento del sistema constitucional. En la cuestión de Oriente se pusieron los dos soberanos de acuerdo para mostrarse más flexibles con el sultán y no aprovechar los sucesos de Creta. Finalmente se acordó que en caso de que Rusia pasara el Pruth, Austria ocuparía inmediatamente la Valaquia. Estos acuerdos se tuvieron muy secretos.

No se dejó engañar el gabinete de Berlín, tanto menos cuanto Napoleón, á su regreso á París, no quiso pasar por Coblenza para devolver en Ems al rey de Prusia la visita que le debía. El emperador de Austria fué á París, donde se le obsequió y se ganó generales simpatías, especialmente al pronunciar un brindis en el banquete que le fué ofrecido en el palacio del Ayuntamiento, en cuya ocasión dijo que habiendo visitado algunos días antes el sepulcro de sus antecesores en Nancy, había sentido el deseo de que toda discordia entre Francia y Austria quedase sepultada en aquellas tumbas; que se alegraba de la recepción cordial que le había hecho París, pues que en nuestros tiempos la amistad de los soberanos tenía doble valor cuando se apoyaba en las simpatías de los pueblos. Por su parte el conde de Beust no perdió ninguna ocasión para afirmar la amistad de ambos soberanos, asegurando en una circular que al poco tiempo dirigió á los embajadores de Austria, que los dos gabinetes, aunque no estaban unidos por una alianza formal, se hallaban perfectamente de acuerdo en todas las cuestiones pendientes.

La satisfacción de Napoleón fué amargada por los sucesos que en aquellos días ocurrieron en Italia. Desde que la evacuación de Roma por los franceses

en diciembre de 1866 llegó á ser un hecho definitivo, se había apoderado de los italianos la más alegre confianza, pues creían estar seguros de que el ejército de ocupación jamás volvería. La tirantez entre Francia y Prusia les halagaba, porque fijaba la atención de Napoleón en el Rin. El embajador francés en Florencia, Malaret, comunicó en sus cartas con disgusto que las palabras «Roma capital» se hallaban en todas las bocas y que ninguna consideración se guardaba ya á la política francesa, en la creencia de que el emperador era, en virtud del convenio de septiembre, víctima ó instrumento de la ambición italiana. A fines de abril comunicó Malaret, muy alarmado, que Garibaldi trataba de realizar una expedición contra los Estados Pontificios. Napoleón, libre del temor de la guerra inmediata con Alemania, adoptó una actividad enérgica respecto á Italia, cuyo gobierno intimó á Garibaldi que aplazara sus proyectos. Se conformó de momento, pero acabó por ir á la frontera romana para encargarse del mando de los voluntarios que se habían reunido allí en numerosas bandas. No habiendo atendido una última intimación del gobierno, fué preso y conducido á la fortaleza de Alejandría; mas en vista de la excitación del pueblo juzgó el gobierno italiano más prudente llevarlo á Caprera. Francia temía que detrás de Garibaldi estuviera Bismarck y que facilitara recursos, siendo probable que se quisiera tomar la cuestión romana, como la veneciana en 1866, por base de una alianza entre Prusia é Italia en previsión de nuevas complicaciones. A pesar de la prisión del jefe, continuó su empresa: el 30 de septiembre, Menotti, el hijo de Garibaldi, pasó la frontera romana y ocupó la pequeña ciudad de Acquapendente y algunos otros lugares, mientras Nicotera entró por el Sur en los Estados de la Iglesia. No obtuvieron triunfos notables los voluntarios, y casi en todas partes donde se batieron con las tropas pontificias, como en Bagnorea y Monte-Libretti, sufrieron descalabros, mostrándoseles la población hostil.

Acentuó Napoleón su actitud y anunció al gobierno italiano que, en vista de que éste no podía impedir la violación del convenio de septiembre, Francia se vería obligada á hacerlo cumplir, y en el mismo sentido telegrafió personalmente á Víctor Manuel. Moustier telegrafió á Roma que se continuara con valor la defensa, pues el auxilio de la Francia no faltaría; y á la vez se envió un ultimátum á Florencia pidiendo garantías en el término de veinticuatro horas. Rattazzi presentó la dimisión, y el emperador, después de este primer triunfo, creyó poder manifestar su moderación suspendiendo el embarque de la expedición y publicando esta decisión en el *Monitor*. Pero Garibaldi se evadió de Caprera, se presentó súbitamente en Florencia y partió, sin que nadie le molestara, para la frontera romana. Al saber esto intentaron sublevar á Roma los revolucionarios, quienes volaron el cuartel de los zuavos pontificios, mientras una turba capitaneada por Enrique Cairoli, hermano del que después fué presidente del Consejo de ministros, levantó la bandera del motín. Los revolucionarios sucumbieron, pereciendo su jefe Cairoli.

Mandó Napoleón el embarque de las tropas dispuestas en Tolón, y una cir-

cular de Moustier comunicó á Europa las resoluciones del emperador, asegurando que la nueva ocupación no debía ser considerada como un acto hostil á Italia, añadiendo que se limitaría hasta donde fuera posible y solicitando al mismo tiempo la cooperación de las otras potencias para el arreglo de la cuestión de Roma. Víctor Manuel declaró que una guerra con Francia sería una lucha fratricida, y que una vez restablecido el orden, procuraría arreglar de común acuer-



El conde de Beust, diplomático austriaco

do con el emperador la cuestión de Roma. Todas las autoridades recibieron instrucciones severas para proceder contra los que amparasen á los garibaldinos; fué disuelto su comité central, se cerraron sus banderines y se dispuso un informe jurídico. Disgustó en París que el general Cialdini recibiera orden de ocupar algunos puntos de los Estados de la Iglesia, medida con la cual creyó el rey conservar su dignidad y evitar una explosión. Lamármora quiso justificar esta disposición é hizo saber á Faily que sus tropas evitarían, no solamente todo conflicto con las francesas, sino también con las pontificias, y hasta ordenó restablecer en los puntos ocupados los escudos de armas del Papa. Las tropas pontificias, en número de tres mil, se vieron obligadas á romper el fuego contra los garibaldinos, en la madrugada del 3 de noviembre de 1867, y su general Kanzler fué apoyado en seguida por una reserva francesa de dos mil doscientos hombres, mandada por el general Polhes, con orden de tomar parte en el com-

bate si fuese necesario. Así empezó el combate de Mentana, que fué librado hasta las cuatro de la tarde exclusivamente por los voluntarios y los pontificios, superiores aquéllos en número. Entonces tomaron parte en la acción los franceses, que por primera vez emplearon los fusiles Chassepot, que según la expresión de Faily, «hicieron maravillas.» Los garibaldinos fueron derrotados y tuvieron seiscientos muertos; los soldados pontificios treinta y uno, y los franceses un herido. Los garibaldinos se mantuvieron durante la noche en posesión de Mentana, pero á la mañana siguiente pasaron la frontera y entregaron sus armas á las tropas italianas.

Después de Mentana no pudo retardar Menabrea la orden de retirar las tropas italianas, sin esperar una nueva intimación de Francia. En cambio, anunció Napoleón que las dos divisiones francesas se retirarían paulatinamente á Civitavecchia, donde serían embarcadas. El convenio de septiembre quedaba anulado por los hechos. Napoleón quiso reunir un congreso para tratar la cuestión romana, pero la idea no pudo realizarse.

El estado del país no era nada satisfactorio, á pesar de las apariencias. El pueblo de los arrabales quería la guerra y la clase media la paz. En el ejército cundía el descontento por la marcha lenta de los trabajos de reorganización, y se temía una sorpresa por parte de los alemanes. En diciembre de 1866 escribió Ducrot á Trochu: «Participo de tu opinión y empiezo á creer que nuestro gobierno está ciego.» Merimee decía que mientras Francia meditaba sobre la reorganización, se preparaba Prusia al ataque; añadiendo que al otro lado del Rhin no dudaba nadie de la proximidad de la guerra y no se comprendía la inacción de Francia. Hay que agregar á esto la hostilidad sañuda entre el ex ministro de Guerra Randón, y su sucesor Niel. A Randón se atribuía la culpa de que no estuviese preparado el ejército y se hizo correr la noticia de que había sido preso. Se lamentó Rouher en una exposición al emperador de que había en realidad dos ministros de la Guerra: el uno, Niel, que vivía en la *rue Saint Dominique*, y el otro, Fleury, que residía en el Louvre. Únicamente adelantaba el armamento, activándose la fabricación de los chassepots y en el mayor secreto la de las ametralladoras, de las cuales se esperaba que darían una gran superioridad á la tropa francesa, quedando ya preparadas en abril de 1867 algunas baterías. Tocante á la nueva ley militar, Randón quería conservar la quinta de costumbre de cien mil hombres y el efectivo del ejército permanente de cuatrocientos mil, pero con obligación de servir nueve años en lugar de siete, seis años en activo y tres en la reserva, quedando fijada ésta en cuatrocientos mil hombres y completada por la segunda serie de los llamados contingentes anuales, que debían practicar durante dos años ejercicios de cinco meses. Para llegar al millón de soldados que el emperador se empeñaba en pedir, propuso Randón poner sobre las armas doscientos mil guardias móviles. El proyecto del emperador se basaba en el principio del servicio general obligatorio, debiendo ser puesto sobre las armas todo el cupo, agregando la mitad al servicio activo y la otra mitad

á la reserva, y debiendo durar en ambas clases el servicio seis años. A los tres años podrían redimirse los soldados, con la obligación de servir en la guardia móvil. La reserva se compondría de dos clases, de las cuales la primera había de ser llamada por el ministro, pero la segunda exclusivamente por el emperador. Para discutir estos proyectos se reunió en 26 de octubre de 1866 un gran consejo, en el cual tomaron parte todos los mariscales y muchos generales. El resultado que dió vino á ser aproximadamente el proyecto de Napoleón; pero la oposición fué tan viva, que los periódicos oficiosos aseguraron que el proyecto no era definitivo y admitía modificaciones, que se hicieron al ser nombrado Niel ministro de la Guerra. La mayoría y la minoría comenzaron á suscitar dificultades. La extrema izquierda propuso con mucha formalidad suprimir el ejército permanente y transformarlo en una milicia, á la manera de Suiza. Así querían una Francia fuerte los mismos que después de Sedán culparon del desastre al Imperio. Como sólo se concedieron cinco millones para la guardia móvil, ésta no pasó de ser nominal, pues si bien se formaron las listas de los obligados al servicio, y en París hasta se organizaron algunos batallones y se les enseñó el ejercicio, por lo regular se contentaron los encargados con nombrar gente de confianza para los puestos de oficiales, sin ponerles en servicio activo. La ley de 1.º de febrero de 1868 se limitó al aumento de la fuerza armada que resultaba de la prolongación del servicio de siete á nueve años. Suponiendo los contingentes anuales como de costumbre en cien mil individuos y restando la acostumbrada disminución anual, venían á componer el ejército activo y la reserva unos setecientos cincuenta mil hombres.

Mientras los proyectos militares y la situación de la política extranjera sembraban en el público la agitación y aumentaban el combustible, se agregaron en verano de 1867 otras dos circunstancias que acrecentaron el malestar, á saber: una grave crisis económica por quiebra de dos sociedades de crédito y el aumento del precio del pan. Los informes de la policía que comunicaba Pietri á Napoleón distaban mucho de ser satisfactorias. Las masas, decían los partes de Pietri, continúan fieles al emperador y le aman personalmente; pero nadie podía responder de que no fuesen atraídas hasta entrar en la órbita revolucionaria, pues dudaban ya de las verdaderas intenciones del gobierno, ignorando si quería la guerra ó la paz y si pensaba ampliar el programa del 19 de enero. Era indispensable contestar á estas preguntas, porque Francia más que ningún otro país, necesitaba tener un gobierno fuerte y resuelto, por lo mismo que tantos gérmenes revolucionarios albergaba en su seno.

Cada día se agravaba el mal. La autoridad no era respetada; la calumnia trabajaba sin cesar, dirigiendo sus saetas más envenenadas contra el emperador y la emperatriz, según se lamentaba Pietri el 24 de noviembre; las frases de la prensa menuda habían penetrado en la conversación usual; en los salones se entretenía el público con las noticias de la crónica escandalosa; los elementos conservadores estaban desalentados y desunidos, pudiendo observarse al través